

Periodismo ético, poder y ciudadanía: las tesis de Walter Lippmann en *Liberty and the News*

Rodrigo Fidel Rodríguez Borges
Universidad de La Laguna
rrdobor@ull.es

Ethical Journalism, Power and Citizenship: Walter Lippmann's Theses in *Liberty and the News*

RESUMEN: Este texto revisa las principales aportaciones de Walter Lippmann contenidas en su obra *Libertad y prensa*, de reciente aparición en lengua castellana. Publicado originalmente en 1920, el libro de Lippmann nos permite conocer sus agudas reflexiones acerca de las relaciones entre medios de comunicación, opinión pública y clase política. El estudio de esas relaciones ocupa una parte fundamental de la obra ensayística de Lippmann, cuya vigencia y vitalidad permanecen hoy inalteradas. Lippmann no fue sólo el columnista político más influyente del pasado siglo, sino un penetrante analista que se interroga sobre la objetividad informativa, la deficiente formación de los profesionales de la prensa y su discutible fibra moral. Sus observaciones trascienden el restringido mundo de los medios de comunicación para preguntarse si su funcionamiento deficiente no pone en cuestión la supervivencia misma de la democracia.

PALABRAS-CLAVE: ética periodística, prensa, democracia, propaganda, manufactura del consenso

ABSTRACT: This text revises the main contributions made by Walter Lippmann in his work *Libertad y prensa*, recently published in Spanish. Lippmann's book, originally published in 1920, allows us to know about his witty contributions on the relationships among media, public opinion and politicians. The study of those relationships forms the core of his essay works, whose relevance and vitality is still immutable. Lippmann was not only the most influential columnist of the last century but also an incisive analyst who wonders about information objectivity, the poor training of journalists and their dubious ethics. His remarks go beyond the mass media as far as to wonder if their poor running questions the very survival of democracy.

KEYWORDS: journalism ethics, press, democracy, propaganda, manufacture of consent

ISSN 1989-7022

ILEMATA año 4 (2012), nº 8, 153-167



1. Introducción

La reciente aparición en lengua española de *Liberty and the News*¹ nos ofrece la oportunidad de reconsiderar la pertinencia de los análisis de Walter Lippmann a propósito de las relaciones entre medios de comunicación, opinión pública y clase política en el seno de las sociedades democráticas. Los conflictos derivados de esa relación compleja y poliédrica constituyen una preocupación de largo aliento que está presente en la obra periodística y ensayística de Lippmann a lo largo de su dilatada carrera como columnista y analista político.



Received: 27/12/2011
Accepted: 16/01/2012

Como señala Hugo Aznar en la Introducción a la edición española, Lippmann fue seguramente el columnista político más influyente del siglo XX. Su columna "Today and Tomorrow", distribuida por los periódicos más reputados del mundo, llegaba a millones de lectores que encontraban en ella una explicación rigurosa de los principales acontecimientos de la actualidad. Pero Lippmann fue bastante más que un columnista de extraordinaria agudeza y penetración. A lo largo de su larga vida de periodista fue asesor de varios presidentes norteamericanos de distinta orientación ideológica, colaborando con las administraciones de Woodrow Wilson (1913-1921), John Kennedy (1961-1963) y Lyndon B. Johnson (1963-1969).

En vísperas de la I Guerra Mundial, Lippmann participó en el lanzamiento de la revista *The New Republic*, que pronto se convirtió en una referencia para el pensamiento progresista norteamericano (Aznar, 2011, XII). Precisamente los avatares de la Gran Guerra (1914-1918) marcaron un giro en las posiciones de Lippmann acerca del papel que debía desempeñar Estados Unidos como potencia emergente. Inicialmente Lippmann era contrario a la intervención norteamericana en el conflicto, que consideraba "una consecuencia del colonialismo y del imperialismo" europeos (Steel, 2007, 103); esa actitud coincidía en lo esencial con la mantenida por Wilson, que había accedido a la presidencia con un programa que defendía la neutralidad del país, acorde con la tradicional *doctrina Monroe*. Sin embargo, el desarrollo de la contienda derivó en un giro intervencionista en la política de Wilson y de Lippmann con él. Lippmann abandonó su posición de neutralidad y respaldó a Wilson cuando en abril de 1917 solicitó el apoyo del Congreso para entrar en el conflicto europeo. Se inicia así un periodo en el que Lippmann se involucra en las labores de asesoramiento político y diplomático del presidente.

Su colaboración en este terreno tuvo dos momentos especialmente reseñables: de una parte, el trabajo en las tareas de propaganda para modificar las actitudes de la opinión pública norteamericana, refractaria a la intervención en la guerra. De otra, su participación en el comité de expertos que asesoró a Wilson en la redacción de los *Catorce Puntos*, una propuesta a la comunidad internacional para cerrar una paz justa e impulsar un nuevo orden mundial en el que no se repitiera la experiencia trágica de la guerra mundial.

Lippmann defendió siempre una visión de la propaganda de guerra en clave positiva, bien alejada de las ideas que había impuesto el también periodista George Creel en el seno del Committee on Public Information (CPI)², impulsado por Wilson inmediatamente después de obtener la autorización del Congreso para entrar en la contienda. A diferencia de

Creel, Lippmann consideraba que la propaganda debía ir orientada a difundir la verdad y proteger a la opinión pública de las informaciones tendenciosas. Sin embargo, sus opiniones no prosperaron y a medida que la histeria belicista crecía por todo el país, el presidente Wilson se alejó de cualquier resquicio de pacifismo. La campaña propagandística de Creel pasó entonces a contar con el apoyo cerrado de la Casa Blanca y se alimentó con una cantidad de dinero que aún hoy resulta desorbitada. Fue –señala Aznar (2011, XXIX)- “una campaña muy negativa y manipuladora, que atribuyó a los países enemigos atrocidades que, en todo caso, no distaban mucho de las cometidas por los aliados”³.

La participación en el grupo de expertos que prepararon el documento de los *Catorce Puntos* terminó provocando otra profunda decepción en Lippmann. Los *Catorce Puntos* fueron presentados por Wilson al Congreso el 8 de enero de 1918. Diez meses después, el 11 de noviembre, se firmó el armisticio entre las potencias aliadas y Alemania sobre la base de aquel documento. Se iniciaron entonces unas largas y complicadas negociaciones durante las que el espíritu de los *Catorce Puntos* se fue progresivamente diluyendo a medida en que los vencedores se desentendían del noble objetivo de firmar una paz duradera y se empeñaban en imponer una revancha humillante a Alemania. Tal como ha contado admirablemente el escritor austríaco Stefan Zweig⁴, lo que los aliados pretendían, y finalmente obtuvieron, era una nueva y favorable determinación de fronteras, reparaciones y cuantiosas indemnizaciones de una Alemania a la que se declaraba culpable única del conflicto. Una paz, en fin, urdida al viejo estilo, un crudo ajuste de cuentas.

Además de su labor como propagandista y de su frustrante participación en los *Catorce Puntos*, un tercer elemento nos ayuda a comprender el contexto histórico y la matriz intelectual en las que germinaron las ideas que Lippmann desarrolla en *Liberty and the News*: el impacto en la opinión pública norteamericana de la Revolución Bolchevique de 1917 y la ola represiva que se desató en Estados Unidos, provocada por el miedo al contagio comunista. Como era previsible, las informaciones de prensa –incluso las de la considerada “seria”- sucumbieron a aquella fiebre rabiosamente anticomunista. El mismo año en que aparecía *Liberty and the News*, Lippmann y Charles Merz publicaron un minucioso trabajo con el título “A Test of the News”, que diseccionaba pormenorizadamente la cobertura de la Revolución Rusa realizada por *The New York Times* desde la caída del zar en febrero de 1917. Las conclusiones obtenidas eran demoledoras: en su mayoría, las noticias estaban abiertamente distorsionadas; en gran medida “por las esperanzas y temores de los propios redactores y editores, que veían en los bolcheviques lo que querían ver” (Shudson, 2007).

La deriva delirante que tomó la política de propaganda de Wilson, la triste suerte que corrieron los *Catorce Puntos* y el sectarismo patrioter que invadió la prensa norteamericana en ese periodo impregnan de pesimismo las reflexiones contenidas en *Liberty and the News*. A buen seguro que fueron esas experiencias las que le llevaron a reflexionar sobre las relaciones entre medios de comunicación, poder político y opinión pública, eje central de *Liberty and the News*.

2. Un mandato traicionado

Ya en los pasajes iniciales de *Liberty and the News* Lippmann hace notar el desconcierto generalizado de los ciudadanos, a quienes diariamente se les pide su parecer sobre cuestiones cuya complejidad no está siempre al alcance de su capacidad de entendimiento. De añadidura, esa capacidad de evaluación se ve dificultada porque el periodismo no cumple con el principal mandamiento que debería regir su comportamiento en el seno de la sociedad: poner en conocimiento de la opinión pública, de forma rápida y fiable, los hechos relevantes para la toma de decisiones. Así las cosas, cabe preguntarse con Lippmann cómo puede un gobierno aspirar a gobernar basándose en el consenso social⁵, si la posibilidad de crear ese consenso está en manos de una actividad privada –el periodismo– que carece de regulación y de sentido de la responsabilidad. Desembocamos así en una afirmación de grueso calibre: “en sentido estricto, la crisis actual de la democracia occidental es una crisis de su periodismo” (Lippmann, 2011, 7). Dicho de otra manera: el funcionamiento deficiente del periodismo quiebra las mismas bases de la democracia como régimen de opinión.

Por descontado que la Guerra Mundial tuvo mucho que ver con esa actuación de la prensa que Lippmann denuncia a las alturas de 1920. Desde el arranque de las hostilidades editores y periodistas parecieron olvidar que su tarea era informar y prefirieron dedicarse a “salvar” a la civilización occidental, haciendo que las opiniones públicas cerrasen filas disciplinadamente entorno a sus gobiernos. De este modo, los periodistas renunciaron a ser informadores para convertirse en propagandistas y agitadores y la verdad y la imparcialidad dejaron de ser la guía moral del periodismo, sacrificadas en el ara del interés de los gobiernos.

Prensa libre y periodismo límpidamente informativo, esa es la ley superior a la que deberían plegarse los periodistas como heraldos de la verdad. Y es aquí donde Lippmann adelanta una de sus propuestas: es urgente poner bajo el control de la sociedad esta actividad para obligarla a responsabilizarse de sus actuaciones negligentes; y junto a ello es igualmente importante mejorar la cualificación profesional que los informadores reciben en las escuelas de periodismo.

3. Gran Sociedad y pseudoentorno informativo

Hemos dejado señalados dos elementos que –a decir de Lippmann- explican por qué los periodistas son tan proclives a transgredir el supremo mandato moral de informar honestamente: de un lado, la sumisión a sus particulares prejuicios ideológicos y, del otro, su impericia profesional, fruto de una deficiente formación y unas rutinas profesionales dominadas por la inercia y la ausencia de autocrítica. Pero al margen de estos dos elementos, Lippmann señala un tercer elemento, más básico, como responsable del déficit de información fiable que padece la sociedad contemporánea: la dificultad, mejor, la imposibilidad que tenemos todos –periodistas y ciudadanos- para formarnos una idea cabal de todos los acontecimientos que a diario condicionan el curso del acontecer social.

A diferencia de aquella *polis* en la que nació la teoría de la democracia participativa o de la pequeña comunidad de propietarios en la que los “padres fundadores” de la nación americana elaboraron su constitución, la sociedad contemporánea es una entidad muy compleja y cambiante en la que interactúan múltiples actores bajo muy diversos condicionantes. Baste pensar que muchos de los hechos que hoy nos influyen no están siempre directamente a la vista, ni ocurren en nuestro entorno más inmediato. La Gran Sociedad⁶ en que vivimos, concluye Lippmann, desafía radicalmente nuestra capacidad de comprensión, pues lo que el ciudadano conoce de los eventos que le conciernen “lo conoce de segunda, tercera o cuarta mano. Ya no puede ir y observar por sí mismo” (Lippmann, 2011, 32).

En esa Gran Sociedad “los individuos actúan y se relaciona entre sí en un entorno que ya no es el mundo visible de los hogares, sus vecindarios y sus comunidades. Es un entorno invisible del que necesitan recibir información” (Lippmann, 2011, 101) y deberían ser los *media* los encargados de suministrarla, pero, lamentablemente, ese pseudoentorno informativo⁷ que la prensa acerca a los ciudadanos está plagado de noticias dudosas “sin requisito de fiabilidad, test de credibilidad o castigo por perjurio alguno” (Lippmann, 2011, 33).

Como los prisioneros de la caverna platónica, los periodistas se mueven a tientas tratando de orientarse en una sociedad cuya complejidad les sobrepasa; apenas pueden alcanzar a entrever una representación aproximada de la realidad, figuras borrosas entre sombras, pálidos reflejos del complejo mundo en que vivimos. Por ello, la información de ese entorno que trasladan a la opinión pública es, inexorablemente, una esquematización distorsionada, una visión simplificada construida con la ayuda de estereotipos y esquemas mentales preconcebidos.

Se entiende ahora de manera más nítida por qué vincula Lippmann la crisis de las sociedades democráticas con el funcionamiento imperfecto del periodismo: si, por las razones que sean, los periodistas no difunden información fiable, entonces la democracia se convierte en un simulacro: las opiniones de los ciudadanos y las decisiones de los gobiernos se basarán en el prejuicio y el error. Por esa razón, disponer de fuentes de información de confianza se convierte en un problema central, pero no sólo ni principalmente para los periodistas, sino para los ciudadanos, que deben decidir, y para los gobernantes, que deben *manufacturar* el consenso social y dirigir la sociedad: "El problema fundamental de la democracia [es] el cuidado de las fuentes de opinión. Todo lo demás depende de esto. Sin defensa frente a la propaganda, sin pautas para la evidencia, sin criterio para lo relevante, la materia viva de la decisión popular queda expuesta a todos los prejuicios y a ser explotada sin límites" (Lippmann, 2011, 52).

La argumentación de Lippmann nos aboca a un dilema que debe ser resuelto si queremos que la democracia sea algo más que una ficción complaciente: el déficit de conocimiento que lastra a las sociedades complejas debe ser enjugado; la sociedad debe articular un mecanismo para asegurarse el suministro del conocimiento imprescindible para funcionar de manera adecuada. ¿Qué solución general propone Lippmann? Lo veremos más adelante; de momento, ocupémonos de apuntar algunas medidas que plantea para tratar de mejorar la labor de los periodistas.

4. Producción informativa y dignificación del periodismo

La experiencia aleccionadora de la I Guerra Mundial, durante la que los periódicos se emplearon a fondo en el objetivo de manipular a las opiniones públicas, hizo consciente a Lippmann de la necesidad perentoria de avanzar en la profesionalización y dignificación del oficio periodístico. La salida que nos propone pivota sobre tres elementos: la obligación de los periodistas de asumir públicamente su responsabilidad en los casos de malas prácticas; en segundo lugar, la creación de escuelas de periodismo serias; y por último, una defensa enfática de la gran tradición norteamericana del periodismo de hechos frente a los excesos del periodismo de opinión.

A Lippmann debe reconocérsele el mérito de haber percibido nítidamente cómo las condiciones materiales en que los periodistas realizan su labor, la organización interna del medio, las relaciones jerárquicas con sus superiores y las rutinas profesionales, condicionan la forma y el contenido de las informaciones que trasladan al público. Lippmann advirtió también el papel determinante que desempeñan los editores

de los medios en el proceso de selección, elaboración y publicación de las noticias. Treinta años antes de que David Manning White⁸ trasladara al terreno de los *media* el concepto de *gatekeeper*, desarrollado por Kurt Lewin, Lippmann destacó la intervención trascendental del editor en el tratamiento de la materia prima de cualquier información: es el editor quien decide “qué cuestión es la de mayor importancia respecto a todas las demás a la hora de formar las opiniones, la cuestión a la que la atención debe dirigirse”, descartando los rumores y las informaciones infundadas (Lippmann, 2011, 38).

Ciertamente, esa tarea de depurar la información fiable del puro rumor o la propaganda resulta de la mayor trascendencia, pero Lippmann no se engaña sobre la rémora que representan la inercia y la influencia de las convicciones y prejuicios en las decisiones del editor: “su propio sentido de la importancia relativa de algo está determinado por una constelación de ideas más bien estandarizada. Muy pronto termina por creer que la manera en que habitualmente hace hincapié en ciertas informaciones es la única posible” (Lippmann, 2011, 39).

Tropezamos aquí con un imponderable de imposible solución: el inevitable peso de los estereotipos mentales⁹, los prejuicios y, en fin, de la subjetividad, que afectan al periodista, aunque no sea de forma consciente y deliberada. Hablamos, en suma, de la imposibilidad de que se pueda elaborar un relato plenamente objetivo de un acontecimiento, pues todo relato lleva aparejada una componente reconstructiva del objeto observado. En una frase: toda información periodística comporta necesariamente una *semantización* de la realidad¹⁰. La solución propuesta por el Lippmann de 1920 para salir de este embrollo adolece de cierto *ingenuismo* epistemológico y apela a la buena voluntad del periodista: “Debemos remontarnos de nuestras opiniones a los hechos *neutrales*” (Lippmann, 2011, 76; cursivas nuestras).

Treinta años después, en el *Discurso* en el Club Nacional de Prensa, de Washington, Lippmann pondrá entre paréntesis esa visión simplificadora del periodista como notario imparcial de la actualidad y reconocerá que con frecuencia el relato de los hechos le obliga a inferir, imaginar, reconstruir, deducir y conjeturar a partir de datos de segunda mano (Lippmann, 2011, 89 y 95). En cualquier caso, una cosa es que las convicciones y estereotipos mentales del informador condicionen su enfoque de la actualidad y otra muy distinta, que se manipulen los hechos sin escrúpulos.

Aunque para Lippmann la información falsa “debe considerarse ilícita” (Lippmann, 2011, 59), la persecución de las mentiras por vía judicial no acaba de parecerle una solución efectiva porque es un instrumento

torpe y caro¹¹. ¿Sería posible, en cambio, establecer tribunales de honor ante los que deban responder los periodistas acusados de mala praxis informativa? La respuesta de Lippmann es ambigua: pudiera ser que esa solución fuera efectiva, pero también podría ocurrir que esos tribunales de honor se convirtieran en un gran incordio y un gasto de tiempo y energías (Lippmann, 2011, 60). En todo caso, lo que sí le parece a Lippmann indiscutible es que la prensa y los editores deben incrementar la "rendición de cuentas" ante la opinión pública.

Descartada la vía judicial por gravosa y con frecuencia ineficaz, mirados con escepticismo los tribunales de honor, la atención de Lippmann se dirige a los propios periodistas y a su capacidad para moralizar su trabajo. Y el primer paso en ese camino de dignificación del periodismo es que deje de ser una ocupación de mercenarios y soldados de fortuna para convertirse en una "profesión reconocida" (Lippmann, 2011, 63). La labor de informar no puede seguir siendo un trabajo para individuos ayunos de la preparación adecuada, mal pagados y que se gobiernan de acuerdo con sus propios principios. La sociedad –arguye Lippmann– debe recapacitar incluso si no merece la pena financiar a las escuelas de periodismo y "convertir sus diplomas en un requisito necesario para la práctica del periodismo" (Lippmann- (2011, 64). Casi un siglo después, la exigencia de una titulación universitaria continúa siendo una cuestión polémica y sin resolver¹².

La formación del periodista exige, pues, que el relato objetivo de lo que ocurre se convierta en el *desiderátum* que mueva al periodista. Este énfasis en la defensa de un periodismo de hechos conduce a Lippmann a asegurar que "cabe una información neutral" (Lippmann, 2011, 69), afirmación aceptable como imperativo moral, pero cuestionable en términos epistemológicos. Cuando en 1965 vuelva sobre estas reflexiones con ocasión de la asamblea del Instituto Internacional de Prensa, en Londres, el camino recorrido en la profesionalización del periodismo le parecerá a Lippmann todavía insuficiente: las organizaciones de periodistas aún no han establecido los "estándares intelectuales y éticos para el ejercicio del periodismo" (Lippmann, 2011, 106).

5. Información, buen gobierno y opinión pública

Desde luego que no resulta difícil coincidir con Walter Lippmann en el potencial peligro que supone dejar la gestión de la información diaria en manos tendenciosas y carentes de preparación. Si la sociedad desea avanzar en la dirección del progreso y la profundización de la democracia es preciso que se desarrolle un periodismo exigente y fundado en normas de excelencia (Lippmann, 2011, 78). La desinformación resulta enormemente

lesiva para el buen gobierno de las sociedades democráticas y es una enfermedad de la que los periodistas son, al tiempo, víctimas y propagadores involuntarios. De ahí que Lippmann insista en destacar la trascendencia pública de la prensa y la importancia vital de que realice de la mejor manera posible su labor. Dice Lippmann (2011, 38-39):

Porque el periódico es literalmente la Biblia de la democracia, el libro a partir del cual el pueblo establece su conducta. Es el único libro serio que la mayoría de la gente lee y el único que leen cada día. Hoy el poder de determinar cada día lo que se considerará importante y lo que pasará desapercibido representa un poder diferente a cualquier otro que haya podido ejercerse desde que el Papa perdió su ascendiente en la mentalidad secular.

Pero no se trata sólo de los periodistas, también los ciudadanos y los gobiernos necesitan imperiosamente fuentes de información de confianza en las que basar sus decisiones, de lo contrario la suerte de las democracias estará en peligro. Así, pues, ¿a qué fuentes fiables deberán acudir los periodistas para documentar las noticias? Y por lo mismo: ¿quiénes proveerán a los gobiernos del conocimiento necesario para guiar sus decisiones políticas? ¿Quiénes harán llegar a la opinión pública la información a partir de la cual se manufacturará el consenso social? La solución a esta cuestión la encuentra Lippmann en la creación de institutos de investigación gubernamentales y agencias privadas que asesoren a los gobernantes en su trabajo. En paralelo, estos institutos y agencias de investigación pondrían su banco de conocimientos a disposición de los periodistas para facilitar su comprensión de los complejos problemas que afectan a las sociedades contemporáneas, sin descartar, incluso, la creación de una gran agencia de noticias independiente, financiada con dinero público o procedente de donaciones¹³. Adecuadamente informados por los medios de comunicación, los ciudadanos serían entonces capaces de sustituir gradualmente "charlatanerías e intuiciones por criterios objetivos" (Lippmann, 2011, 72).

Uno de los ámbitos de actuación de esta *maquinaria del conocimiento*¹⁴ sería la realización de trabajos de campo sobre ciencia política para transformar el arte de gobernar en una ocupación regida por criterios de racionalidad y eficacia. Ese ejército de científicos sociales estaría encargado de proporcionar a la sociedad una imagen realista de ese *pseudointorno* en el que nos movemos. En su siguiente libro, *La opinión pública*, de 1922, Lippmann desarrollará extensamente su propuesta de poner en marcha un gran proyecto de "inteligencia organizada", convencido de que "resulta necesario interponer algún tipo de conocimiento experto entre los ciudadanos particulares y el vasto entorno en que están involucrados" (Lippmann, 2003, 302).

Esta gigantesca empresa social del conocimiento la imagina Lippmann como "una gran red de intercambio entre ministerios gubernamentales, fá-

bricas, agencias y universidades, por la que circularían personas, datos y autocríticas" (Lippmann, 2003, 315); una constelación de *oficinas de inteligencia* (sic.) "al servicio de los hombres de acción, de los representantes responsables de la toma de decisiones" y que con su trabajo liberarían a los ciudadanos de la carga de tener que formarse una opinión experta sobre todos los asuntos públicos (Lippmann, 2003, 319-320).

Pueden apreciarse, entonces, cómo los reyes filósofos de la república platónica reaparecen en Lippmann bajo la forma de técnicos y expertos encuadrados en esas oficinas de inteligencia, cuyo cometido será redimir a los ciudadanos de la ignorancia. La conexión que trazamos aquí con el mito platónico de la caverna no es gratuita: Lippmann encabeza *La opinión pública* con una cita de *La República* y se detiene a comentar pormenorizadamente la propuesta platónica de un gobierno de reyes filósofos (Lippmann, 2003, 329).

Llevada a sus últimas consecuencias, esta argumentación conduce a un cuestionamiento general de la democracia y a la defensa, en su lugar, de una tecnocracia o gobierno de expertos, y Lippmann es bien consciente de ello. Por eso, en el texto original de *Liberty and the News*, de 1920, evita llevar su análisis hasta el final. Tres décadas más tarde, en 1959, un septuagenario Lippmann pudo permitirse el lujo de presentarse ante sus colegas del Club Nacional de Prensa como un crítico escéptico de la democracia: ¿no llevarán razón quienes consideran que la democracia descansa en el equívoco de creer que gobernantes y ciudadanos son seres *omnicompetentes*, capaces de percibir y enjuiciar rectamente cuestiones cuya complejidad está por encima de sus capacidades? ¿No es la democracia, entonces, un puro artificio en el que unos ciegos, los gobernantes, llevan de la mano a otros ciegos, los ciudadanos?

En su fuero interno, Lippmann no puede zafarse de esa sospecha ominosa: los ciudadanos son –somos– meros *outsiders*, sin acceso a la información necesaria para formarse una opinión fundada, pero, seguramente, nuestros gobernantes, esos presuntos *insiders*, se encuentran en una situación de ignorancia similar. Claro que tal impugnación de la legitimidad democrática no la podía sostener en voz alta alguien sedicentemente liberal como Lippmann, así que nuestro autor opta por poner sus críticas a la democracia en boca de un tercero imaginario, al que finge rebatir, advirtiéndole de las consecuencias de su temerario razonamiento¹⁵:

Usted, mi querido amigo, debería andarse con cuidado. Si sigue por ese camino terminará manifestando lo ridículo que es que seamos una república y que vivamos bajo un sistema democrático en el que todo el

mundo puede votar. Estará denunciando el funcionamiento mismo de la democracia, que afirma que los *outsiders* han de ser soberanos respecto de los *insiders*. Porque estará afirmando que el pueblo mismo, puesto que es ignorante por tratarse de *outsiders*, es por consiguiente incapaz de gobernarse a sí mismo. Pero lo que aún es más, usted estará demostrando que ni siquiera los *insiders* están cualificados para gobernar de manera inteligente (...) ¿Acaso no se da cuenta de que respecto a la gran mayoría de los asuntos del mundo todos nosotros somos *outsiders* e ignorantes, incluidos los *insiders* que ocupan la sede del gobierno? (Lippmann, 2011, 93-94).

6. Conclusiones

Corresponde a Walter Lippmann el mérito indiscutible de haber situado en el centro de la discusión un conjunto de asuntos que han marcado durante décadas el rumbo de los estudios sobre comunicación de masas. Fue él quien reparó precozmente en la trascendencia que tienen los prejuicios y las rutinas profesionales de los periodistas a la hora de decidir qué hechos de la actualidad se convertirán en noticias. Aun sin ser el responsable de la acuñación del término, Lippmann fue un pionero en el análisis de lo que luego se ha conocido como *newsmaking* o producción informativa y otro tanto cabe decir respecto al papel del editor de un medio en tanto que *gatekeeper*, una noción que adquirió carta de naturaleza con los posteriores trabajos de David Manning White.

De igual manera, resulta destacable su contribución germinal a los estudios sobre la fijación de agenda, que al principal teórico de esta corriente, Maxwell McCombs, le parece de capital importancia para entender la génesis de este enfoque investigador. Otra cosa es la fortaleza de la argumentación de Lippmann cuando se adentra en la teoría del conocimiento y sus apelaciones a la objetividad informativa, que sólo cabe calificar de mero voluntarismo ingenuo.

En lo que hace a la deontología de la prensa, su énfasis en la necesidad de moralizar y dignificar el periodismo resulta especialmente remarcable por su capacidad anticipatoria. Su llamamiento a perfeccionar la formación académica de los periodistas y su apelación a la mejora de los estándares profesionales aparecen tempranamente formulados tres años antes de que la American Society of Newspaper Editors (ASNE) adoptase su *Canon of Journalism*¹⁶ en 1923 (Rodríguez Borges, 2010).

Y junto a todo ello, su convicción firmemente expresada de que la labor de la prensa debe estar sometida al control y escrutinio de la ciudadanía. La relevancia que Lippmann otorga a la tarea de informar es tal

que le lleva a considerar que la decadencia de las democracias es, en definitiva, fruto de una crisis de su (deficiente) periodismo. Su condición de liberal y demócrata no le impiden, sin embargo, advertir los límites y déficits de legitimidad que lastran a las sociedades democráticas, cuyas decisiones deberían ser tomadas por ciudadanos bien informados, pero que, en la práctica, obedecen a los designios muchas veces irracionales de una opinión pública manipulada por la propaganda.

En el contexto de un mundo convaleciente de una guerra mundial, en el que el avance del comunismo aparece como una amenaza y se vislumbran las pulsiones que desembocarán en el fascismo y el nazismo, es fácil entender el escepticismo con que Lippmann valora la capacidad de los ciudadanos para mantenerse informados y sustraerse al influjo de la propaganda. En este punto, sus reflexiones conectan con el aristocratismo político de otros pensadores de ese periodo, preocupados con el ascenso de las masas a la condición de sujeto protagónico del acontecer histórico¹⁷.

La distancia que Lippmann marca con relación a las masas se mantuvo a lo largo de su vida. En las páginas de *The Public Philosophy*, aparecido en 1955, el periodista norteamericano reitera su desconfianza sobre su papel en las democracias:

Cuando la opinión de una masa domina un gobierno, se produce un peligroso desajuste en las verdaderas funciones de éste. Y dicho desajuste queda traducido en un debilitamiento, cercano a la parálisis, de la capacidad de gobernar. Este trastorno en el orden constitucional es la causa del precipitado y catastrófico declinar de la sociedad democrática. Y si no se le detiene y revierte, llevará consigo la caída de todo el Occidente (Lippmann, 1956, 22-23).

Finalmente, unas palabras sobre la propuesta de Lippmann, seguramente bienintencionada, de crear grandes institutos y agencias de investigación para información y asesoramiento de gobiernos y ciudadanos. En la Europa de nuestros días, azotada por el vendaval financiero que nos ha conducido a la peor crisis económica desde el crack del 29, la propuesta de Lippmann de reclutar a un ejército de asépticos tecnócratas para que elaboren las estrategias que permitan manufacturar el consenso social y diseñar las políticas que los gobiernos han de poner en práctica, sólo puede ser contemplada con desconfianza, cuando no, con indisimulada prevención. La idea de que es posible hacer investigación social pura, al margen de intereses económicos y políticos, y sin contaminaciones ideológicas, es una ocurrencia que debe ser puesta en cuarentena.

Bibliografía

- Aznar, H. (2009): "Por una teoría normativa de la comunicación a la altura de los tiempos: ¿más derecho, más política, más ética? (A propósito de la publicación de *La agonía del cuarto poder*, de Carlos Ruiz)", *Dilemata. Revista Internacional de Éticas Aplicadas*, nº 3, pp. 77-94. Disponible en: <http://www.dilemata.net/revista/index.php/dilemata/article/view/36/43>. Consulta: enero 2012.
- (2011): Introducción al libro de Walter Lippmann *Libertad y prensa*, Madrid, Tecnos, pp. IX-LVII.
- Chomsky, N. (1997): "What Makes Mainstream Media Mainstream", *Z Magazine*, número de octubre. Disponible en: <http://www.chomsky.info/articles/199710-.htm>. Consulta: enero 2012.
- Chomsky, N y Herman, E. (1990): *Los guardianes de la libertad: propaganda, desinformación y consenso en los medios de comunicación de masas*, Barcelona, Crítica.
- Gramsci, A. (2011): *Odio a los indiferentes*, Madrid, Ariel.
- Habermas, J. (2009): *Ay, Europa. Pequeños escritos políticos XI*, Madrid, Trotta.
- Lippman, W. (1920): *Liberty and the News*, New York, Hancourt, Brace and Howe. Versión española: *Libertad y prensa*, Madrid, Tecnos, 2011.
- (1922): *Public Opinion*, New York, Hancourt. Versión española: *La opinión pública*, Madrid, Langre, 2003.
- (1929): *A Preface to Morals*, reeditado en 1964, New York, Time Reading Program.
- (1955): *The Public Philosophy*, Boston, Little Brown. Versión española: *La crisis de la democracia occidental*, Barcelona, Hispano Europea, 1956.
- McCombs, M. (2006): *Estableciendo la agenda: el impacto de los medios en la opinión pública y el conocimiento*, Barcelona, Paidós.
- Ortega y Gasset, J. (1993): *La rebelión de las masas*, Barcelona, Planeta-Agostini.
- Rodríguez Borges, R. F. (1998): "La objetividad periodística, un mito persistente", *Revista Latina de Comunicación Social*, nº 4. Disponible en: <http://www.revistalatinacs.org/z8/febrero.98.rodriego.htm>. Consulta: enero 2012.
- (2010): "Ética, derecho y medios de comunicación: una apostilla a la discusión entre Carlos Ruiz y Hugo Aznar", *Dilemata. Revista Internacional de Éticas Aplicadas*, vol. 4, pp. 85-100. Disponible en: <http://www.dilemata.net/revista/index.php/dilemata/article/view/56/70>. Consulta: enero 2012.
- Shudson, M. (2007): "Lippmann and The News", periódico *The Nation*, 31 de diciembre de 2007. Disponible en: <http://www.thenation.com/article/lippmann-and-news>. Consulta: enero 2012.
- Steel, R. (2007): *El periodista y el poder, una biografía de Walter Lippmann*, Madrid, Langre.

Tocqueville, A. de (1989): *La democracia en América*, Madrid, Aguilar.

Watzlawick, P. y Krieg, P. (1998): *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*, Barcelona, Gedisa.

Zweig, S. (2009): *Momentos estelares de la humanidad. Catorce miniaturas históricas*, Barcelona, Acantilado.

Notas

1. Walter Lippmann (2011): *Libertad y prensa*, Madrid, Tecnos. Traducción, introducción y notas de Hugo Aznar. La edición española incluye otros dos textos: una intervención en el Club Nacional de Prensa, de Washington, en octubre de 1959 y el discurso "Una prensa libre: ¿por qué resulta fundamental y cómo puede preservarse?", dirigido a la asamblea del Instituto Internacional de Prensa, reunida en Londres en 1965.
2. Conocido también como el Creel Committee, el CPI era un organismo paraestatal norteamericano dedicado a influir en la opinión pública para que apoyara la participación en la guerra. Chomsky se ha ocupado de la actividad propagandística del Committee en el texto "What Makes Mainstream Media Mainstream", aparecido en *Z Magazine*, en octubre de 1997. Disponible en: <http://www.chomsky.info/articles/199710-.htm>. Consulta: enero 2012.
3. Contemporáneo de aquellas obscenas operaciones propagandísticas, el pensador italiano Antonio Gramsci recuerda la labor de intoxicación realizada por las firmas fabricantes de armas en connivencia con los periódicos: "¿Quién se acuerda de la obra de los sembradores de pánico contratados por estas casas? ¿Quién se acuerda de que fue en Francia, en Alemania, en Rusia, en Inglaterra donde se podían encontrar periódicos complacientes que publicaban noticias sensacionalistas de proyectos bélicos, de nuevo armamento, de tentativas malévolas por parte de naciones adversarias?" (Gramsci, 2011, 83).
4. Véase el texto "Wilson fracasa", incluido en el volumen *Momentos estelares de la humanidad. Catorce miniaturas históricas*.
5. La expresión literal de Lippmann es "manufacture of consent" (manufactura del consenso). Como reconocen Noam Chomsky y Edward Herman en el prefacio a *Los guardianes de la libertad*, esa expresión es una acuñación personal Lippmann. Fue él –arguyen– quien llamó la atención sobre "la especial importancia de la propaganda en la fabricación del consenso social", aunque bien es cierto que, como señala Aznar (Lippmann, 2011, 7), el término no tiene en Lippmann las connotaciones negativas que posteriormente le atribuyeron Chomsky y Herman. Por cierto que el título original de *Los guardianes de la libertad* es justamente *Manufacturing consent: the political economy of mass media*.
6. Ese concepto de Gran Sociedad – recuerda Aznar (2011, XIX y sig.)– lo toma Lippmann de Graham Wallas, profesor de la London School of Economics, a quien conoció en su años de estudiante en Harvard. Lippmann volvería sobre esa noción en el primer capítulo de *La opinión pública* (p. 25 y sig.) y la retomaría en 1929 en otro de sus textos, *A Preface to Morals* (capítulos XII, XIII y XIV).

7. Esa idea de los *media* como creadores de un pseudoentorno informativo que condiciona las opiniones de la ciudadanía acaso sea una de las aportaciones más relevantes de Lippmann. Considérese que los teóricos de la llamada *agenda-setting* le consideran el punto de arranque de sus planteamientos: "Walter Lippmann es el padre intelectual de la idea que ahora se llama, para abreviar, *agenda-setting*" (McCombs, 2006, 26).
8. White, D. M. (1949): "The gatekeeper: a case study in the selection of news", *Journalism Quarterly*, 27, pp. 383-390.
9. Al papel de estos estereotipos mentales dedicará Lippmann la parte III de *La opinión pública*.
10. Recordemos a este respecto la afirmación de Heinz von Foerster: "la objetividad es la ilusión de que las observaciones pueden hacerse sin un observador" (en Watzlawick, P. y Krieg, P., 1998, 19). Sobre este mito de la objetividad periodística, véase Rodríguez Borges (1998).
11. Ya en 1835, señalaba Tocqueville en *La democracia en América*: "los tribunales son impotentes para moderar la prensa (...) Debido a la sutileza de los lenguajes humanos, que escapa constantemente al análisis judicial, los delitos de esa naturaleza se escurren en cierta manera de la mano que se extiende para cogerlos" (Tocqueville (1989, 179-180).
12. En el ámbito español, Aznar (2009, 82) ha llamado la atención sobre el demorado y, al parecer, aplazado *sine die* estatuto profesional del periodista, cuya propuesta inicial se remonta al año 2000.
13. Aunque en un contexto argumentativo distinto, también Habermas ha defendido en fecha reciente la pertinencia de que la prensa de calidad sea apoyada financieramente con fondos públicos, habida cuenta de su condición de "espinas dorsales de la esfera pública política" (Habermas, 2009, 134).
14. La expresión literal aparece en *La opinión pública* (p. 293)
15. Conviene no perder de vista el turbulento contexto político en el que escribe Lippmann: en la resaca de un trágico conflicto bélico mundial y tras el triunfo de la Revolución soviética, que expresamente rechazaba la democracia liberal.
16. Texto íntegro del código disponible en http://ethics.iit.edu/indexOfCodes-2.php?key=18_113_1262. Consulta: enero de 2012.
17. "La muchedumbre, de pronto, se ha hecho visible, se ha instalado en los lugares preferentes de la sociedad. Antes, si existía, pasaba inadvertida, ocupaba el fondo del escenario social; ahora se ha adelantado a las baterías, es ella el personaje principal. Ya no hay protagonista: solo hay coro" (Ortega y Gasset, 1993, 43-44).